El juego del santuario y la espada

Pelmo Ricegaar

El juego del santuario y la espada

I. Mar de Arabia

Pelmo Ricegaar

Avant
editorial

Primera edición, mayo de 2025
©Pelmo Ricegaar 2025

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-87532-69-7
THEMA: JQ - FXS - VFV - FBA
DEPÓSITO LEGAL:M-12620-2025

Sólo para tus ojos, mi amor

Me bastaba un simple roce
o su olor para identificarlo,
y, si me quedara ciega,
lo reconocería por su modo de respirar
o pisar el suelo.
Lo reconocería incluso en la muerte,
en los confines del mundo.

MADELINE MILLER,
La canción de Aquiles.

Encuentro en mi vida millones de cuerpos;
de esos millones puedo desear centenarios;
pero, de esos centenarios, no amo sino uno.
El otro del que estoy enamorado
me designa la especificidad de mi deseo.

ROLAND BARTHES,
Fragmentos de un discurso amoroso.

Fue una de esas noches. No recuerdo cual, confieso que después de un tiempo, todas se le parecen. Regresaba a casa exhausto, con una pátina indeleble de alcohol, tabaco y sexo adherida a mi piel. Como cada noche, Betina, me esperaba con una enorme sonrisa dibujada en el rostro. De eso no se habla, ese era nuestro acuerdo tácito desde que empecé a irme de a poquito y cada vez más. Y como cada noche, mientras me quitaba la ropa, procuraba encontrarle una razón al porqué lo hacía. Mi conducta era aún más deleznable, había llegado a cuestionarme qué hacía a su lado. De camino a la cama, una idea aterradora me daba vueltas y vueltas en la cabeza. Miserable, me preguntaba cuánto tiempo más podría soportar esta condena. Desde hacía dos años Betina se encontraba postrada por una esclerosis fulminante e irreversible, tan frágil y al mismo tiempo tan entera. Todo lo contrario, a lo que a mí me sucedía. Esa noche la sorprendí espiando una red social para adultos. Recorría las páginas con dificultad, su mano trémula se desplazaba trabajosamente sobre la pantalla de la tablet. Eso a ella no le importaba, había aprendido a lidiar con sus limitaciones. Y al acostarme a su lado, lejos de amilanarse, me invitó a recorrerla juntos. Se detuvo en el perfil de una mujer, una MILF que con su belleza y desparpajo enloquecía a hombres y mujeres por igual. Me confesó que, si pudiera volver el tiempo atrás, desearía ser como ella. Yo estaba con mis rollos y en ese momento no le puse atención a lo que me decía ni a esa mujer. Con falsa consideración, me limité a besarla en la frente y como cada noche, fui hasta el baño y llené la tina de baño con agua caliente, muy caliente. Porque ella quería que hirviera, necesitaba que la conmoviera. Era el tiempo del baño, sin importar la hora a la que yo llegase a casa, era el momento de su baño en la tina. Nuestro único momento de intimidad. Volví al cuarto y después de quitarle el camisón, la alcé en mis brazos como quien carga a la criatura más frágil del universo y con el mismo cuidado la metí a la bañera. Lavé su cuerpo inerte con una esponja. Como cada noche, con devoción, pero también como lo hubiera hecho un autómata, completaba mi rutina de lujuria y expiación. Ella me observaba y cada tanto me acariciaba el rostro. Su mirada encendida era la de una mujer llena de vida. La esclerosis estaba tomando su cuerpo, mas no su espíritu.

En aquella noche hace ya mil noches, Betina me pidió que le contase un cuento. Que inventara un relato. Uno erótico del que fuéramos parte. Pretendí excusarme, pero era en vano. Yo ya tenía una novela erótica publicada. Una que había escrito a partir de

las confesiones ardientes de una mitómana llamada Verónica, que jugaba con el deseo de los hombres. Y yo entre ellos. Su relato era tan sólido que durante un par de años pudo mantenerlo sin fisuras, aunque yo supiera que su nombre no era Verónica y que su vida era la de una aburrida ama de casa, lo cual la hacía más atrapante. Y ahora Betina quería ser la protagonista de la historia, en primera persona. Pretendía que fuera sus ojos y se lo contase todo. Que la llevarse por ese mundo de fantasía que su cuerpo le negaba. Anhelaba ser como Caro, su heroína de la red social para adultos. Soy Caro, estableció. No pude negarme, la culpa me acompañaba desde que la enfermedad se manifestó. La exacerbación de mis vicios y mi desatención afectiva coincidieron con sus primeros síntomas, con sus pequeños mareos y temblequeos. Nunca hablamos de todo aquello y acaso ésta fuera la mejor manera de soltarlo.

Lo hice. Y le gustó. Tanto, que cada noche me pedía un nuevo capítulo. Sólo deseaba que, a la hora de las confesiones, fueran siempre en una tina de baño, como en nuestro mundo. Debía darle forma a toda una historia, una muy delirante y ardiente, pero coherente como la historia de Verónica, la mitómana. Entonces pude comprenderlo. Ahora yo era el mentiroso compulsivo y Betina la mujer seducida, una manera dolorosa de exponer mis faltas. Le prometí que siempre habría una tina a la hora de las confesiones, y le propuse que el relato de aquella primera noche sería el segundo de la historia y que el capítulo uno recién se lo iba a contar al final. ¿Por qué? Porque siempre hay un pasado, siempre existe un instante previo. Me pidió una línea de cómo comenzaba la historia. Me negué, en cambio le ofrecí como terminaba ese primer capítulo:

—Ella es el santuario y tú, tú eres la espada.

2

—¡Hay que celebrar la vida, *weones*! —grita un joven con la espalda hacia nosotros, en una mesa cercana. En medio de este rincón acogedor del entrepiso de Don Julio, la luz tenue y el murmullo de conversaciones susurradas crean un ambiente de sutil sofisticación. La irrupción de este muchacho, con su apariencia de rapero, trapero o trapito y un acento trasandino imposible de ocultar, rompe el hechizo con un grito de desesperada exuberancia. Se pone de pie, tambalea, como si el efecto de algún estimulante lo desestabilizara, y, tras recuperar el equilibrio, levanta su copa en un brindis que resuena por igual entre los conocidos y los extraños: *¡Cheers!*

La gente en la mesa del joven imita su gesto, alzando copas y brindando en varios idiomas, al igual que lo hacen los yankis de la larga mesa al fondo. Vos, sin más, te encogés de hombros, levantás tu copa y, desentendida del bullicio, tintineás la tuya —llena de un centellante cafayateño llamado Laborum Torrontés— con la mía, apenas llena con un Altocedro Gran Reserva, un Malbec añejado en barricas Burgundy nuevas, 2016, del Valle de Uco. Todo esto mientras me mirás a los ojos y sonreís, esa sonrisa que es sólo tuya.

Lucís endiabladamente bella, irradiando una sensualidad que parece desafiar las leyes de la física. El dorado de tu melena y el realce de tus pómulos enmarcan esos ojos pardos que, al sonreír, se vuelven rasgados o, como ahora, brillan como soles. Tu nariz pequeña se equilibra con labios de un rojo tan profundo que parece sacado de un deseo visceral, el mismo que sentí desde el primer momento que te vi. Tu cuello, pálido, lleva una gargantilla Choker de terciopelo negro que realza tu pecho desnudo. Un corsé Dior negro, entallado con copas que celebran tus atributos, y una falda corta ceñida con medias largas negras. Todo el conjunto de *femme fatale* se completa con *stilettos* de charol negro de Aldo, con tacones finos que se ajustan en tus tobillos de ensueño. No sé qué llevás debajo, pero imagino una breve trusa de encaje, mareada de tanto deslizarse entre tus curvas. Rabiosamente bella.

—Estás deslumbrante esta noche —lo digo sin dudarlo. Vos hacés un mohín capaz de conquistar universos—. De hecho, podría cantarte aquella vieja canción de JAF…

—Hacelo —me instás, divertida y provocativa. Me quedo petrificado, entre sorprendido y avergonzado. Miro alrededor, señalándote sin sutilezas que no estamos solos. Cantar en voz alta es algo excepcional para mí, especialmente en medio de desconocidos. Pero tu insistencia es firme—: Cantámela.

¿Por qué no?, pienso. Tomo un largo sorbo de Malbec, esperando que calme mis cuerdas vocales o al menos ahogue mi pánico escénico. Entonces murmuro:

—«*Es tarde en la noche, ella busca qué vestir…*»

Lanzás una carcajada y aplaudís mi tímido intento sin dejar de provocarme:

—¡Qué se escuche!

—«*…Después se maquilla y peina su largo pelo. Y me pregunta: ¿Me veo bien? Le digo: Sí, estás maravillosa hoy*».

—¡Bravo! —exclama el joven chileno, visiblemente sorprendido por mi irrupción, pero aplaudiendo y poniéndose de pie una vez más, claramente dispuesto a seguir con la fiesta—. ¡Eso estuvo de la raja!

Algunos aplauden, otros murmuran por lo bajo. No sé quién hace qué, pero semejante arrebato me hace girar en el pequeño cuarto de paredes de ladrillo visto. Vos acudís de inmediato a mi rescate. Te estirás sobre la mesa, con todo lo que ello implica, y me das un beso escandaloso en la boca que premia mi arrojo.

Pasado el mareo, el lugar regresa a la calma esperada de un bodegón. Nadie parece muy sorprendido. Es evidente que esta comunión entre comensales es algo habitual en Don Julio, pues los mozos, lejos de molestarse, celebran mi desafinada interpretación llenando las copas de todos.

El ambiente festivo ya se percibía mientras esperábamos nuestra mesa en la esquina de Guatemala y Gurruchaga, en el corazón de Palermo Soho. Junto a nosotros, un centenar de ciudadanos del mundo, con una copa de Chandon Extra Brut en una mano y una empanada de carne en la otra, farfullaban en mil lenguas de Babel, comunicándose con gestos y sonrisas. Tal vez fuera el último vestigio del idioma adámico original. A nuestro lado, un grupo de estadounidenses de Florida, universitarios ellos, conversaban con vos en un español elemental sobre Buenos Aires y sus encantos, que, a juzgar por cómo te miraban el escote, te incluían. Uno de ellos comentaba, con ese par de ideas rebotando en su cabeza, que era tenista. Sabía todo sobre Gabriela Sabattini, pero nada sobre André Agassi o su mentor, Nick

Bollettieri. Extraño, pensé, siendo de Florida, pero no le di mayor crédito a mis especulaciones.

Tu charla cordial y encantadora, junto con tus atributos, mantuvieron entretenidos a los presentes hasta que llegó otro grupo de yankis, quienes se pusieron a parlotear en un argot demasiado cerrado para nuestro inglés de secundaria. Eran los mismos que brindaban con el chileno desde la mesa larga del fondo: cuatro muchachotes *wasp* y una chica de tez morena y ojos verdes, o más bien afroamericana, una bella afroamericana de trencitas que cada tanto nos mira.

Como parte del mismo acto, entra en escena nuestro mozo. En realidad, siempre estuvo entre nosotros, oculto en las sombras, ahora retira las miguitas de la hogaza de pan casero y el pote de aceite de oliva extra virgen de origen patagónico. Y regresa con las mollejitas de novillo y la provoleta con ajíes salteños que habíamos pedido como entrada. Mientras divide los platos para que podamos compartirlos, vos abrís los ojos de par en par y sonreís con todo el cuerpo. Nada te complace más que el buen servicio.

Tu estremecimiento, tan evidente y visceral, provoca cierto runrún en la mesa del muchachito eufórico, un bisbiseo perturbador. Una de las mujeres sentadas allí espía nuestros platos y, al notar que la miro, sonríe. Es apenas un mohín, una sonrisa apretada que no revela los dientes. Tal vez sea una de las que no aplaudió mi dudosa versión en español del clásico de Eric Clapton. Se trata de una elegante morocha de ojos negros y labios de mulata, y de San Pablo, esto lo conjeturo porque hace un momento hablaba en un portugués refinado con un sesentón que parece ser su marido o amante. En una secuencia única, el joven trasandino, que no deja de hablar tres tonos por encima de lo coloquial, prorrumpe, señalando a esta mujer:

—¡Tú eres una diosa! —exclama, llamativo porque le habla a ella y te mira de soslayo, como si la conversación fuera sobre vos. Y mis dudas se desvanecen cuando agrega—: *¡A real goddess!*

Hay algo intangible que une a esa mesa con la nuestra. Pero mis especulaciones se desvanecen en cuanto la molleja ocupa el centro de la mesa. Desnuda sobre nuestros platos, parece una confitura exquisita. Mutó de pálida víscera a caramelo durante su breve pero ardiente relación con los fuegos del parrillero Pepe Sotelo, que la doraron y la volvieron dulce y voluptuosa. Su textura y sabor te dejan perpleja. Un disparo de adrenalina al cerebro hace que tus ojos brillen y tus labios se humedezcan. Tu lado voluptuoso parece despertar. Lo demás lo alucino y me regodeo hasta estremecerme mientras te imagino en la cama de nuestra *suite indie*, apenas vestida con tu gargantilla, las medias a mitad de muslos y tacones. Esto será inminente e inevitable. Por ahora, te digo:

—Hubo un estudio en Harvard que llegó a la conclusión que una modelo inglesa llamada Rosie Huntington-Whiteley activaba los mismos centros del cerebro que la cocaína. Me pasa lo mismo.

—¿Con las mollejas?

—No, vos... —te respondo y te reís con esa inevitable exquisitez que pone tu cuerpo a vibrar. Devoramos la molleja mirándonos a los ojos. Arriesgo una definición—: Suculenta...

—¿Yo?

—La molleja —te digo y tu risa conmueve. Cada viejo ladrillo de las paredes del estrecho cuarto parece estremecerse, el barro que los une se desmorona. Tiembla Palermo con tu presencia. La morocha brasileña se retuerce incómoda en su silla. Mi vida, tenés la atención de todos.

Como en un delicado pulsar, la habitación se puebla de silencios. Los de la mesa efervescente cuchichean sobre viajes, uno de tus temas predilectos. De tanto en tanto, alguna voz se alza celebrando una ocurrencia. «¡Maldivas!», exclama una voz femenina, envuelta en una ráfaga de portuñol. Sin duda es la morocha paulista que no deja de devorarte con la mirada. «Maldivas», repite otro. Podría ser casual, pero no lo es. Maldivas es el nombre de una de tus fragancias. Nuestra fragancia. Cuando la creaste, me pediste que nombrara un lugar en el que querría estar. «¿Con vos?», te respondí, y sonreíste, sonrojándote como una niña. Apenas nos conocíamos, pero nuestro viaje ya había comenzado. Ese aroma, con su mezcla de té verde y jengibre, me transportó a un lugar onírico, aún por descubrir. Maldivas, una promesa pendiente desde aquel primer encuentro. Nos reímos de la coincidencia y brindamos de nuevo. El mozo, solícito, completa nuestras copas. Es una suerte que el Selina, nuestro refugio de nómadas, esté a solo un suspiro de aquí. Los dioses del vino nos llevan en su corriente, y mientras te observo alzar la copa, con la piel rosada escapando del generoso escote, pienso en lo que la noche nos reserva.

Quizás puedas leer mis pensamientos o quizás yo despierte los tuyos. Lo cierto es que sonreís con deleite. ¿Será la provoleta? La provoleta te abre otro lado del cerebro, crujiente hasta que cede bajo la mordida. Sos como ella: impenetrable, invulnerable hasta que decidís entregarte. Tu lado más salvaje emerge, sin barreras, un animal interior que me conduce a sensaciones desconocidas. Brindamos de nuevo. No es para menos; estamos en medio de una orgía de sabores. Lo dulce y lo salado, lo confitado y lo salobre, un universo que se despliega en cada bocado, en cada mirada.

Durante una pausa entre bocado y bocado, volvés sobre nuestra conversación, como siempre, sin dejar intersticios sin rellenar. Sacás tu reluciente

iPhone 10 de la cartera y te ponés a buscar algo en Instagram. Finalmente, me mostrás una serie de fotos: Rosie Huntington-Whiteley.

—¿Ella? —me preguntás, tus ojos buscando algo más que una confirmación.

—Sí, ahora mismo estoy caliente —te respondo sin rodeos, mientras mi atención se divide entre las imágenes y la última porción de provoleta a la parrilla, un placer en extinción.

Hacés una mueca de falso enojo, como si te divirtiera la idea de compartir el objeto de mi deseo.

—¿Necesitás ir al baño? Te puedo prestar el teléfono... —no llego a responder porque el chileno verborrágico de la mesa de al lado vuelve a ponerse de pie y a interactuar con la mesa larga del fondo.

—*Where from?* —les pregunta.

—Chicago —responde el más rubio, y el chileno, completamente desinhibido, sigue charlando en un inglés precario, apenas comprensible para nosotros.

—No sé inglés —te lamentás con una mezcla de tristeza y esa carita de nena traviesa—. Me encantaría saber de qué están hablando.

—¿Lo deseás? —te tiro sin pensar, esperando desatar alguna reacción.

—¿Qué? —exclamás, sobresaltada, girás un poco la cabeza para mirarlos mejor. Negás con la cabeza—. No entiendo.

—Si los desearas, tus sentidos se afinarían para comprender lo que hablan.

—¿Así funcionan los idiomas? —te reís, incrédula.

—Así funciona el deseo.

Te quedás en silencio, procesando mis palabras. Tus ojos reflejan el debate interno. Al final, sentenciás:

—No los deseo, pero me muero por entenderlos...

—Deberíamos hacer un viaje, ahora mismo. ¡Ya! —te propongo, sin pensarlo demasiado, sintiendo el tirón visceral de mi cerebro reptil.

—¡Sí! —exclamás, con una chispa encendida en la voz—. ¿De placer?

—Depende de cuánto querés comprender.

—Quiero ser políglota... —me indicás, entre broma y verdad, avivando el aire entre nosotros.

La ilusión queda en pausa, al menos por un rato, cuando llegan los platos principales. El sensual aroma de la carne asada desvanece cualquier otra quimera. Nada más primitivo y sensual que un trozo de carne al fuego. Un acto de amor, como hacerte el amor.

—El bife de chorizo para mí, gracias —digo con decisión. Medio bife, en realidad, por sugerencia del amable mozo, que además te propuso una tirita de entraña fuera de la carta.

Aquí no tenemos chance de compartir. Mi bife está casi crudo, fiel a mis salvajes costumbres, mientras que tu entraña llega bien cocida, punto carbón, como a vos te gusta. No hubo manera de convencerte. La miel y el tabaco. Lo crudo y lo cocido. Nuestros gustos por la carne están en las antípodas. Vos tan yin, yo tan yang. Vos tan evolucionada, yo tan primitivo. Por fortuna. Pero los dos, y todos los presentes, bien lejos del universo radicheta.

Para completar la bacanal, un mozo nos acerca con pompa las papas fritas, como si trajera algún tipo de manjar exótico.

Mi corte de carne viene acompañado de cierta leyenda urbana que cuenta que el dueño de Don Julio certificaba que la carne era tan tierna que, en una ocasión, cambió los cubiertos por una cuchara para demostrarle a un comensal porfiado la suavidad de su bife de chorizo. Tu entraña, por su parte, hace honor a su nombre. Bien entrañable. Inolvidable, digo sin exagerar. Su sabor despiadado, apenas sazonado con sal marina de la Patagonia, te hace percibir hasta los yuyos que pastó plácidamente esa corpulenta y guapa Aberdeen Angus que fue sacrificada para que vos y yo, y todos los demás comensales que compartimos esta sacrosanta comilona, completemos el ritual de la Tierra.

Una delicada liturgia que arranca en ella, la Aberdeen, contemplando la pampa con sus ojotes como soles mientras mastica sin prisa y sin pausa, y termina en vos, consagrada por el sabor sutilmente graso de la entraña. Ella tan vegana para que nosotros podamos ser tan carnívoros.

Y esta apoteosis de sabores y texturas llega también a las papas fritas, tan perfectamente doradas y tiernas que justificaban la ceremonia con la que el mozo las trajo. Es tan elemental y perfecta la combinación que nos dejamos llevar, como si nada más importara, como si no hubiera un mañana.

En medio de todo esto, la brasilera y su pareja se despiden del chileno y los demás convidados. Antes de irse, nos lanza una mirada con cierto desprecio, repitiendo esa sonrisa impostada.

—¿Qué le pasa a esa pirada? —me preguntás, bien en modo tanguero.

No tenemos tiempo de especular. Un tipo de negro, cabeza rapada y pañuelo anudado al cuello sube por la empinada escalerita y recorre en religioso silencio las tres mesas ocupadas de este salón para pocos. Muy pocos, tan pocos que se detiene frente a la nuestra y nos pregunta:

—¿Cómo está todo?

—Decile al dueño que nunca habíamos comido una molleja tan exquisita, y la carne… estaba en el punto exacto que la pedimos —le indicás sin dejar de seguir con la vista a la morocha que baja las escaleras.

—Me alegra escuchar eso… —comenta el tipo con orgullo paternal.

Tomás tu copa y le das un sorbo antes de agregar:

—Ah, y los mozos, son un encanto…

—De lujo… —bromeo yo, solo para decir algo.

—¿Qué es el lujo? —pregunta el impertinente de la mesa de al lado, metiéndose en conversación ajena.

—El lujo es que estén sentados acá, en este rincón tan especial de nuestra parrilla, siendo parte de esta comunión ancestral, disfrutando de nuestros platos. Saber que todo lo que hacemos tiene sentido… Cuando ella me habla de la atención de nuestro personal, porque detrás de ellos hay un negocio y muchas familias, pero también toda una filosofía de vida. Y lo digo sin pudor: hablo de amor por el producto, por su preparación, y de una noción de sustentabilidad en la crianza de nuestros animales y el cultivo de nuestros vegetales, que cobra sentido solo a través de nuestros sabores y nuestra atención. Y de ustedes, que cierran ese ritual...

—¿Y tú quién eres? —pregunta el pibe, desconcertado ante semejante respuesta del pelado.

—Mi nombre es Pablo, y soy el dueño de Don Julio…

—Este tío es lo máximo, ¿cachái? —le señala el chileno, con esa mezcla de insolencia y admiración, a la mujer que lo acompaña. Supongo que es su pareja, y que lo soporta solo porque el tipo debe haber ganado un Grammy latino o algo por el estilo, y está embalado en su propio éxito. Y, todavía más desubicado, le pide al dueño del bodegón—: ¿Nos puedes traer otro buen Malbec de tu cava?

El tal Pablo se desentiende del chileno con una sonrisa forzada y hace una seña apenas perceptible a uno de los mozos, antes de darle la espalda. Quedamos en medio de un momento incómodo. Vos, con esa mezcla letal de candor y sensualidad, lo rescatás:

—¿Don Julio era tu papá?

—Don Julio era un vecino, un actor de la vida palermitana, un referente del barrio. Entre muchas cosas, Don Julio fue un buen amigo de todos, y un murguero de ley...

—¡Yo fui murguera! —exclamás con entusiasmo—. En mi pueblo fui pasista de Purum, la comparsa del club El Progreso...

El tipo no se pierde detalle de tu escote y suelta sin dudar:

—Me imagino que te habrás destacado... —dice, razonando más con la vista que con la cabeza. El sonrojo de tus mejillas y esa mirada pícara hacen

el resto. Justo en ese momento, un mozo le susurra algo al oído, rompiendo el embrujo—: Disculpen.

Gira sobre sus talones para recibir a una pareja joven que acaba de llegar a este rincón oculto de la parrilla. Son altos y elegantes, como si hubieran salido de otro mundo, tal vez un taxi neoyorkino los trajo directamente desde una gala en el Met hasta Gurruchaga y Guatemala. Él es el modelo perfecto de Armani, y ella, una escandinava vestida de negro, con los hombros al descubierto, cubierta apenas por una estola. Si antes hacíamos equilibrio en este mundo exclusivo, ahora hemos caído al vacío. Pero estamos tan ciegos de amor que ni lo notamos. O quizás sí, pero no nos importa.

Pablo se excusa con la promesa de seguir conversando y acomoda a los recién llegados en la única mesita disponible, en el rincón más oculto de todos. Miro con más detalle al grupo de Chicago. Podrían ser un equipo universitario de fútbol americano o tal vez *strippers* en una despedida de soltera. La chica, una negra impresionante que apenas puede contener sus curvas bajo una sudadera ajena, parece ser la festejada. Sin duda formamos un grupo incomparable, demasiado extraño para ser real. Y ahí estás vos, con tu sonrisa de un millón de dólares. Estás más allá de todo. Más allá de las etiquetas. Sos inclasificable, ingobernable y letal.

Con el avance de la noche, el saloncito se va poblando de silencios. Ya no queda ni rastro de esa adorable vaca que alguna vez pastaba tranquila en la pampa. Su sacrificio le dio sentido a esta ceremonia carnívora de la cual fuimos cómplices. Nuestro mozo retira los platos, limpios como mandan los ritos de este tipo. Nos pregunta si queremos cerrar el ritual con algo dulce. A pesar de nuestros reparos, insiste con unos panqueques con dulce de leche. Yo me planto en un cortado, pero vos, siempre dispuesta a disfrutar de la vida, aceptás con una sonrisa.

Tu telefonito Rose Gold emite un sonido familiar. Instagram te hace una de sus clásicas sugerencias, solo que esta vez parece demasiado conveniente, casi a medida: una agencia de viajes te ofrece un paquete *all-inclusive* a las Maldivas.

—¡Maldivas! —exclamás—. ¿Cómo es posible? ¿Nos están escuchando? —Tus ojos se quedan clavados en la pantalla, en esa creación de Steve Jobs que nos vigila desde el más allá, como si estuviera susurrándonos el próximo destino.

Buscás la oferta en la página de la agencia. *Estas son nuestras imperdibles promociones para mayo de 2019. Déjate llevar.* El precio es ridículamente bajo, casi una broma. El viaje, inminente. Mayo sigue siendo un buen mes para viajar a esas islas, antes de que lleguen los monzones. Todo parece alineado, casi predestinado. ¿Cómo decir que no?

Yo, siempre desconfiado, siento una incomodidad que no logro sacudir. Una parte de mí se niega a ser tragada por la maquinaria que controla nuestros deseos más profundos. Pero vos no dudás. Lo ves como una señal, como una oportunidad, algo a lo que no hay que darle vueltas. No te importa.

—Maldivas... —susurrás, y en ese momento, no hay lugar más lejos ni más cerca que ese archipiélago en el medio del océano.

Llega el panqueque, envuelto como un tamal. Su piel dorada, gracias al azúcar quemado, brilla bajo las luces del salón. No se te ocurre mejor idea que cortarlo al medio. El dulce de leche, tibio y abundante, se desborda con desparpajo sobre el plato.

—*Acabó* —murmurás con los ojos bien abiertos, riéndote a carcajadas.

Estás exultante, casi hasta la concupiscencia. Y lo saboreás de una manera aún más provocativa, mirándome fijo, dejando que una gota de dulce se escurra por la comisura de tu boca, que en este momento se ha convertido en mi órgano sexual favorito. Me vuelvo salvaje, ávido, lleno de curiosidad.

—Contáme más de tu tiempo como murguera… —prorrumpo mientras terminás ese acto casi carnal con el panqueque—. Porque para llegar a pasista hay que tener ciertos atributos…

—Ya tenía el mío —contestás—, pero hace falta más que mover bien el culo para ser pasista. Te está mirando todo el pueblo, casi en bolas. Hay que tener cierta actitud… —hacés una pausa, tal vez recordando aquel instante—. Desfachatez para mirar a los ojos a cada uno de los hombres que al otro día te vas a cruzar en la calle. Sentido de la oportunidad, mmm… —abrís los ojos como si hubieras caído en una revelación—. Y un poquito de suerte. Yo la tuve, porque un par de chicas se agarraron de las mechas unos días antes del Carnaval. Claro, hay que estar dispuesta a aprovechar semejante oportunidad.

—¿Supiste aprovecharla?

—No lo sé. Era muy pendeja, tenía un novio medio pelotudo… —te quedás en silencio, mascullando cierta bronca.

—¿Es el que yo pienso?

—No, amor, era otro. Ese que vos pensás terminó siendo mi único marido... legalmente hablando. Ese me hubiera molido a palos si me veía sambando… —suspirás largamente—. Volviendo a tu pregunta, no sé si aproveché todas las oportunidades. No me arrepiento —volvés a suspirar—. Hice lo que me dictaban las hormonas. Podría haber hecho mucho más, pero, aun así, dejé atrás muchos miedos y se me despertaron talentos dormidos.

—¿Por qué dormidos?

—Perdoname, pero no… —te disculpás con una aflicción que se nota en tus ojos—. No es el momento para hablar de eso…

—¿Tan inconfesable es? —pregunto mientras te encogés de hombros y negás con la cabeza—Tenés muchos secretos.

—No es tan grave… y sí, tengo secretos. Y te elegí a vos para confesarlos. Todos. Vamos despacio. Uno a uno. Sabés mucho de mí, más que nadie…

—No voy a presionarte. —bebo mi café de un saque, buscando satisfacer mi curiosidad desde otro ángulo—. ¿Qué talentos?

—Soy una devoradora de hombres… —soltás, sin más.

—Caramba… —bromeo, pero no quiero perder el hilo—. ¿Hiciste alguna concesión?

—Sabés que soy muy determinada y que no hago concesiones. No transo jamás. Todo lo hago porque quiero. Todo lo que hago es porque lo quiero y lo deseo. Y sí, hice cosas, me hicieron cosas…

—¿Qué cosas?

—Fui virgen hasta los diecisiete, pero antes estuve con algunos chicos…

—¿Estuviste?

—Estuve… —repetís mirándome a los ojos, como si estuvieras recordando esos momentos—. ¿Te excita eso?

—¿Y tu novio de entonces?

—Te dije que tenía este amor adolescente y también que a los quince ya tenía una buena cola… —te quedás en silencio, esperando mi reacción mientras te acomodás un poco en uno de tus zapatos—. ¿Te provoca eso? —te aflojas el cintillo de tu *stiletto* y tu pie descalzo empieza a hacer contacto con mi entrepierna, lo cual no pasa desapercibido. Te divierte el descubrimiento. Entre risitas, murmurás—: ¡Qué pervertido!

Nos quedamos en un silencio cómplice, tu provocación es un código que entendemos sin palabras. Solo cuando descifro tu intención, retomo la conversación:

—Dame más detalles…

—Qué curioso es que un escritor de erótica no lo imagine… usá tu imaginación… a ver… sí: llevaba un bikini que era un susurro de tela, adornado con piedras que brillaban como constelaciones contra mi piel bronceada. Las plumas, de un color tan intenso que parecían arder, se erguían desde mis hombros casi tocando el cielo. Las lentejuelas capturaban la luz y la devolvían en destellos que danzaban con cada movimiento, y las botas altas, relucientes y apretadas, me elevaban como si mis pies no tocaran el suelo… —te quedás en silencio, mirándome con ese aire de juego donde